

PASEOS

35 grados de tarde de verano en la montaña de León... Para ellos, los mayores, era tiempo de buscar refugio en las sombras de las casas, bajo los viejos robles. Para nosotros, era el momento de la aventura de la pequeña independencia de cada día. Bañadores, merienda y aquella carretera larga, llena de cosas hermosas y en cuyo alquitrán derretido a veces se quedaban pegados los pies de puro calor. Había cuestras, hacia abajo, hacia arriba, que se convertían en juego cuando la excursión se hacía en bicicleta: «si no aprietas el freno bajando

esta cuesta, puedes llegar hasta la mitad de la otra». Había álamos, inmensos y queridos álamos que alguien enumeró un día, tal vez con la intención de derribarlos, y después olvidó. Bajo el sol de verano, aquellos cientos de metros reguardados por los árboles se convertían en un paraíso anhelado a lo largo de kilómetros de implacable asfalto. Y cobraban, según el día, aspectos tan distintos que eran una constante sorpresa: llenos de mil matices de



ANGELES CASO

colores, de luces y sombras durante el día, la noche, los transformaba en una larga galería fantasmagórica, de huecos a través de los cuales se adivinaba el cielo estrellado o la luna amarilla y que a veces recorrían lentamente, como en una secuencia de cine, los faros de algún coche. Sonaban suavemente, como cientos de suspiros a la vez, cuando el viento los agitaba. Pero las tormentas de verano los convertían en una orquesta de timbres tan variados como hojas exponían a la lluvia...

Más allá, a lo largo de la carretera de nuevo desprotegida, seguían los rincones preferidos: aquella casona en la cual, se decía, había descansado una noche el Cid en persona; aquella curva con una inmensa roca amenazadora, siempre a punto de desplomarse sobre el pasante desprevenido y que se abría hacia un remanso del río, con el valle luego, y las montañas. Y, de nuevo cuesta arriba, la casilla de camineros que, por el capricho de su numeración, nos empeñábamos en llamar «la nicasilla»; el refugio de

pescadores en el que soñábamos pasar una noche y, al final, cansados, muertos de risa, nuestro destino, el pequeño sendero que, desde la carretera conducía a la cascada mágica y casi secreta...

Después, la carretera continuaba, inaccesible ya casi para quien no disponía de coche. Daba vueltas y revueltas siguiendo los caprichos del río bajo peñas y riscos, se abría al final en los valles altos y quedaba de pronto interrumpida en un punto estúpido, sin permitir nunca la aventura de las grandes montañas. Nos habían enseñado que aquella carretera seguía el trazado de una de las antiguas vías romanas, que ésta todavía podía recorrerse por trozos al otro lado del río, que aquel viejo camino seguía más allá, cruzando las montañas, hasta llegar al norte y que, algún día, también la carretera sería más y más larga...

No sé. Quizá ocurra en el futuro. Quizá alguien me dirá que se ha transformado en una fantástica autovía atravesada por miles de coches, quién sabe. Y supongo que, en ese caso, habrá que alegrarse por el bien de las comunicaciones y de los habitantes, y todas esas cosas. Pero juro que echaré de menos, profundamente, mi vieja, querida, tranquila y tierna carretera.